



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La era del conocimiento

Autor: Villalpalos-Salas, Gustavo

Forma sugerida de citar: Villalpalos-Salas, G. (1995). La era del conocimiento. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 216-222.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA ERA DEL CONOCIMIENTO

Por *Gustavo* VILLAPALOS-SALAS
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE DE MADRID

COMO USTEDES SABEN, casi siempre lo urgente nos quita tiempo para lo importante. La prisa es la sustancia principal de la posmodernidad, la neurosis que explica el malestar de este tiempo y que nos impide gestionar con solvencia y equilibrio nuestras vidas y nuestras sociedades. El estrés inhibe la autenticidad, nos descentra y nos instala en el olvido, en la ausencia de referencias, de objetivos, de fines. Asuntos urgentes me impiden estar personalmente con ustedes y atender un compromiso que hubiera sido también un placer. Solicito sus disculpas y agradezco a la doctora Campagnolo la posibilidad de dirigirme a ustedes por persona interpuesta.

Hace unos días leí en un periódico británico un artículo editorial en el que quise ver la sombra de acontecimientos venideros. Sostenía su autor que la era de la información puede llegar a su fin para dar paso a la era del conocimiento. Según una investigación realizada en Japón, no se puede triunfar en los negocios sin crear conocimiento. Tal vez por ello, algunas empresas japonesas tengan ya en sus organigramas un vicepresidente para esta área, que rebasa el ámbito de la tecnología de la información. Sucede que cuanto mayor sea el volumen de información, mayor es la necesidad de contar con quienes puedan interpretarla. El mejor empleo de hechos, datos y cifras es, generalmente, el que un borracho hace de una farola: apoyo más que iluminación. El estudio que he citado tal vez tenga razón cuando concluye que la información, por sí sola, rara vez viene acompañada de ingenio o discernimiento. Aunque ahora hay casi tanta gente viva como muerta, la mayoría de los grandes pensadores, inventores, artistas, filósofos y estadistas parecen haber vivido en otra época. Sin duda podría tratarse de una ilusión óptica. Pero también es posible, incluso probable, que el crecimiento de la información no se haya visto acompañado por un crecimiento de la sabiduría.

Para ponernos de acuerdo sobre las palabras, vengo obligado a decir que el vocablo *conocimiento* posee tres significados. El primero valdría tanto como *información* y está claro que quien disponga de informaciones correctas obtiene una ventaja sobre el que carece de ellas. El segundo significado es el de *saber*, que organiza las informaciones. Pero los saberes demasiado compartimentados, como el de los expertos especializados que no pueden globalizar sus conocimientos, no cumplen la máxima de Pascal de que es necesario conocer las partes para conocer el todo, pues también hay que conocer el todo para dar sentido a cada una de sus partes. Estamos en un periodo donde cualquier tipo de saber particular sólo adquiere sentido si se le sitúa en un contexto planetario. El tercer significado de conocimiento se refiere a la *inteligencia*, la conciencia o, incluso, la sabiduría. La inteligencia es el arte de unir saberes de forma pertinente y útil, mientras que la conciencia y la sabiduría suponen una reflexión y un sentido de la finalidad. Sin embargo, los conocimientos triunfantes de hoy son frecuentemente conocimientos mutilados, miopes, sin reflexión y sin rumbo.

Hemos quedado pasmados ante la masa impresionante de conocimientos acumulados y la potencia de sus aplicaciones tecnológicas. Nos beneficiamos de un proceso que ha aportado tantos resultados evidentemente eficaces, que nos exige de pensar y de interrogarnos acerca de cuáles son nuestras metas.

Venerando la ciencia, el mundo moderno ha perdido de vista al pensamiento que estuvo en su origen. Ésta es la ceguera que caracteriza al cientificismo, la religión de la ciencia que otorga un prestigio universal a su autoridad intelectual. Pues bien, justo es, y necesario, admirar las hazañas, compilar los nuevos saberes, utilizarlos, pero no podemos ni debemos derogar el pensamiento ni aceptar la dimisión del espíritu. A fuerza de afirmar ritualmente que los resultados se obtienen por la simple puesta en práctica de un método universal, o sea, siguiendo un camino trazado *a priori*, se ha acreditado la idea de un progreso, por así decir, automático. Los indiscutibles beneficios sociales de la tecnociencia han silenciado la voz de los filósofos. Desde principios de siglo han abandonado el cuidado de las ciencias a una disciplina —la epistemología— que se ha especializado en la confección de lógicas y de metodologías generales del descubrimiento científico, las cuales añaden su concurso al mismo efecto de ilusión.

He aquí el resultado: el cientificismo ha alimentado a su contrario, la poderosa ideología anti-ciencia que le presenta batalla.

La extensión del poder social de esta corriente se apoya en un nuevo sentimiento de desconfianza, de recelo ante una ciencia que ha hecho posible Hiroshima o Chernobil. Ya no es posible evocar a Prometeo ni celebrar su ambición sin recordar al tiempo la punición divina. El ascenso de una tradición de pensamiento que Isaiah Berlin llamó "contra-Luces" ha elegido la ecología como caballo de Troya. La ciencia, dice, destruirá el planeta. A los éxitos de la investigación se replica con la constatación de sus fracasos.

Atenazados en este escenario de agonía, corresponde a los hombres de la cultura repensar el pensamiento y reintroducirlo en el sistema ciencia-tecnología. Nuestro destino depende de ello. La actualidad de la investigación, especialmente en las ciencias de la biología, nos presenta dramáticos interrogantes que es imprescindible debatir. ¿En qué medida el desarrollo científico bascula sobre nuestras certidumbres y nuestras convicciones éticas? ¿Cuál es su incidencia sobre la doctrina y la práctica jurídicas? Pero, sobre todo, y ésta es la cuestión decisiva, ¿qué lecciones puede y debe extraer la política de los éxitos de la tecnociencia? ¿Podemos todavía soñar con un desarrollo científico que traería la paz a la Tierra y la felicidad a sus hombres? Por el contrario, ¿debemos resignarnos a que, convertidos en dueños y poseedores de la naturaleza, seamos para siempre el juguete de pasiones mortíferas en nuestra existencia colectiva? Estas pasiones, abandonadas a sí mismas, ¿acabarán por volver el dominio humano de la naturaleza contra la propia humanidad?

Un mundo se acaba, sin duda. El futuro, el tiempo en que viviremos el resto de nuestros días, sólo estará asegurado con la prima de la reflexión, con el nuevo prestigio de la sabiduría que es capaz de proyectar fines y de balizar el camino con metas necesarias y con proscripciones inevitables. Es ésta una tarea de la educación y a eso dedicaré algunos minutos.

Hace un par de años tuve ocasión de almorzar y departir con el profesor de la Universidad de Harvard John Kenneth Galbraith. Hablando del Tercer Mundo me dijo que uno de los más graves errores cometidos por el mundo occidental, en los últimos cuarenta y cinco años, ha sido el subrayar un movimiento de establecimiento de las estructuras industriales de los países desarrollados hacia los países pobres, diciendo que ahí estaba la solución, en la construcción de acerías, de plantas eléctricas, de aeropuertos. Esto se ha considerado como medida del desarrollo económico de los países y se nos ha olvidado observar, me decía el profesor Galbraith, lo

que en Europa, en Estados Unidos y en Japón era la base, la fuente principal del desarrollo económico. Naturalmente, el profesor Galbraith se refería a la inversión cultural.

Hace cien años en Europa o en los Estados Unidos, y después de la Restauración en Japón, si se preguntaba a la gente de qué dependía el progreso económico siempre respondería que de la educación, y esto es algo que se nos ha olvidado ahora. Y sin embargo, nunca fue más perentorio recordarlo. En el mundo actual, el dinero, la tecnología y los productos se desplazan fácilmente a través de las fronteras nacionales, mientras que el empleo se crea allí donde el trabajo se realiza con mayor eficacia. Como consecuencia, los recursos fundamentales de un país no descansan en su riqueza material o financiera —susceptible de moverse de unas naciones a otras— sino en la cualificación, las habilidades y las ideas que poseen sus ciudadanos. En orden a la formulación de prioridades de la política económica, es evidente que será necesario incrementar al máximo el valor potencial de lo que los ciudadanos pueden aportar a la economía, para lo que se requiere destinar cantidades crecientes de recursos a la educación y a la formación del capital humano. El antiguo profesor de Harvard y actual secretario de Trabajo del gobierno de Clinton, Robert B. Reich, en un excelente libro titulado *The work of nations* señala que la esencia de la internacionalización de la red empresarial radica en que el verdadero valor de las sociedades multinacionales no estriba en sus recursos materiales, sino en la educación y la eficiencia de sus empleados. De manera tal que los ahorros de un país van a parar a manos de las empresas que mejor sepan hacer las cosas —con mayor eficacia y economía por parte de sus equipos humanos— con independencia del origen o nacionalidad de la empresa. Por ello, la competitividad y el poder mundial de un país dependen cada vez más de las ideas que sus ciudadanos puedan aportar a la economía mundial y menos del dinero que ahorren o inviertan. Lo que cuenta, pues, no es ya lo que tenemos sino lo que hacemos. En clara referencia a su propio país, Reich subraya que las crecientes desigualdades de renta guardan estrecha relación con las diferencias salariales asociadas, a su vez, a los distintos niveles de formación de los ciudadanos. En última instancia, Reich atribuye la responsabilidad de estas desigualdades a la incapacidad del sistema educativo de Estados Unidos para hacer llegar a la inmensa mayoría de los niños una formación adecuada. Una posible solución a este problema sería dedicar los fondos del llamado “dividendo de la paz” (recursos que

se venían asignando a gastos militares) a inversión en educación y formación profesionales que permitan aumentar la productividad de la población. Ya no habrá economías nacionales, al menos tal como hoy concebimos la idea. Lo único que persistirá dentro de las fronteras nacionales será la población que compone un país. Los bienes fundamentales de una nación serán la capacidad y destreza de sus ciudadanos. El verdadero desafío económico que afrontan los países para los próximos años es el de incrementar el potencial que sus ciudadanos pueden agregar a la economía global, al promover sus habilidades y capacidades, y perfeccionar los recursos para compatibilizar esas habilidades y capacidades con los requerimientos del mercado mundial. Éste no es un desafío competitivo en el concepto tradicional. Ningún país tiene ya motivos para proteger, subsidiar o de algún modo privilegiar sus compañías sobre las demás. No existen razones para reducir el gasto público y disminuir los impuestos a fin de proporcionar a los ciudadanos de una nación más dinero para invertir. Tampoco la rentabilidad de las empresas o el éxito de sus inversores mejoran necesariamente el nivel de vida de la mayor parte de la población. Tanto las compañías como los inversores recorren el mundo en busca de oportunidades lucrativas. Cada vez se desvinculan más de sus países de origen en busca de las poblaciones mejor preparadas.

En mi país este anhelo educativo no es nuevo, si bien ha experimentado un considerable refuerzo en los últimos años. Basta con acercarse a las ideas de los regeneracionistas españoles quienes, tras el emblemático desastre de 1898, asignaron a la educación y a la cultura un papel decisivo para superar la decadencia de España e impulsar su progreso y desarrollo económico. Nombres como los de Costa, Ganivet, Ortega o Giner de los Ríos, y corrientes ideológicas asociadas a la Institución Libre de Enseñanza o a la *Revista de Occidente* constituyen hitos relevantes para una fecunda renovación de la vida política y económica de España. Siendo yo rector de la Universidad Complutense no puedo olvidar que hace ya quinientos años esta Universidad, refundada por el cardenal Cisneros, se adelantó a realizar una auténtica revolución educativa que asombró a propios y a extraños. Necesitaba España un aparato funcional adecuado a su circunstancia imperial y, para enfrentar sus nuevos retos políticos y sociales, Cisneros convirtió Alcalá de Henares, sede primera de la Universidad Complutense, en un vivero de recursos humanos y en punta de lanza de la renovación de la Iglesia y de la sociedad españolas.

No quiero que este homenaje distraiga el hilo de lo que venía a decirles a ustedes, a saber: la mayor cantidad de nuestros recursos deben utilizarse para construir colegios, escuelas, para desarrollar los recursos culturales y educativos. En el mundo no hay ninguna población cultivada que sea pobre y ninguna población sin ese cultivo que no viva en un país pobre. Ésta es una de las grandes evidencias del mundo de hoy.

Pero no debo terminar este elogio de la educación sin aludir a sus contenidos. Empecé diciendo que se avecina el fin de la era de la información y añadí el extravío en el que puede incurrir la ciencia si deja de pensar. Es un defecto que ya en la Edad Media denunció Nicolás de Cusa con un marbete que ha tenido fortuna: “docta ignorancia”. La compartimentalización del saber, la hiperespecialización que a menudo imparten nuestras universidades tal vez haya tenido algún sentido en aras de la eficacia, pero las incertidumbres del futuro aconsejan no sólo formar investigadores o profesionales, sino formar hombres cultos, capaces de orientarse en la selva *selvaggia* de los acontecimientos, de la complejidad.

Desde hace siglos se viene predicando una triple misión de la Universidad: la transmisión de la cultura, la formación de profesionales y la investigación científica. La fórmula de los krausistas españoles, como la de otros utopistas del mundo entero, era “biblioteca, cátedra y academia”. Pues bien, el integrismo del sistema ciencia-tecnología ha impuesto en todas partes el delirio del “expertismo”, de sabios integrados que desertan de la cultura. Con ser la ciencia parte fundamental de la cultura moderna, no es más importante que la cultura, y mucho menos que el hombre a cuya vida sirve la cultura. Ortega y Gasset definía la cultura como “el sistema vital de las ideas de cada época”. Vivir sin esas ideas es extraviarse en el mundo de la *rerum natura*, perder el centro. El hombre occidental de hoy tiene más datos de la realidad que sus ancestros, pero es por lo común más inculto. Le falta una visión del mundo. Puede ser experto, incluso sabio, en un objeto concreto, buen profesional o brillante investigador, pero, carente de una idea del mundo y de su papel en él, es el nuevo bárbaro afectado por la soberbia cegadora de saber que sabe mucho de una cosa. La especialización, ese saber cada vez más de menos, es la manera que ha elegido el siglo para humillar la cultura.

La Universidad debe recuperar lo que en los orígenes medievales fue su función genuina: transmitir cultura, no como ornato del carácter mundano, sino como linterna para alumbrar los caminos de

la vida. La cultura es un plano-guía para interpretar la vida en su complejidad. Dar a los estudiantes una imagen del mundo, primero; después, formar a los profesionales que la sociedad demanda. Ésa es la misión de la Universidad, porque sólo con el bagaje de las ideas vivas que el tiempo impone podemos encontrar caminos en las incertidumbres del porvenir. Los datos, las cifras, los hechos están bien, son necesarios pero no nos iluminan. Sí lo hace el conocimiento, la conciencia, la inteligencia, porque como hace decir Goethe a Fausto “todo se entreteteje en el todo y lo uno actúa y vive en lo otro”. Si, como auguraba el periódico británico del que les hablé al principio, la era de la información tiene los días contados para dar paso a una nueva era de la sabiduría, quiero celebrarlo con todos ustedes a mayor gloria de la sensatez y de la felicidad de las generaciones del porvenir.